

¡Guardar silencio...!
Reflexiones en torno al silencio
como espacio genético del hombre

¡Guardar silencio! ¡Qué palabras más extrañas! Cuando es el silencio quien nos guarda.

La cita que encabeza nuestra reflexión se encuentra en la obra *Diario de un cura rural* de George Bernanos, obra en la que la existencia de un joven presbítero va naciendo a una *vida nueva y propia* frente a los otros que, como él, viven la misma vocación. La obra nos invita a entrar en la escucha del silencio íntimo de su diario donde habla su propio interior. Silencio en el que se va fraguando todo el proceso. Esta será la idea básica que dirigirá toda nuestra reflexión: Nacemos a nosotros mismos en el interior de un silencio que debe ser buscado, guardado para que nos descubra nuestra propia identidad y así nos guarde de abortar nuestro ser.

1. El silencio ocultado

Ahora bien, el silencio en nuestra cultura no es reconocido como lugar de lucidez, como lugar donde despertar el ser que nos habita, sino como lugar de su anulación. Aparece como lugar falto de vitalidad y, por eso, “no solo no seduce, sino que tiene un efecto somnoliento y disuasorio. Callar no está bien visto. Denota aburrimiento, apatía (...) el silencio está mal visto”¹. El ruido, el exceso de palabras y la velocidad en las imágenes y sensaciones son los lugares donde parece habitar la fuente de la vida, aquella que nos guardaría del anonimato tan temido por el hombre actual. El silencio no sería pues más que un ladrón del propio ser.

El silencio ha sido expulsado de nuestro espacio vital por una civilización urbana, tecnificada y de consumo. Se han reducido drásticamente los espacios en los que el oído no es asaltado por ruidos sin mensaje o mensajes exteriores que buscan ocupar todo su espacio perceptivo. El tráfico, el bullicio de las calles, el ruido de las cadenas de montaje, la música ambiental de cualquier espacio interior, altavoces, MP3 convertidos en una parte más del propio cuerpo, la televisión o las televisiones familiares como compañeras inseparables más allá de su atención directa... Vivimos envueltos por un rumor continuo e indiscreto, apenas percibido a pesar de su presencia omniabarcante y estridente, que nos hace sordos, auténticamente sordos pues delimita nuestro espacio auditivo alejándole de la pregunta interior y radical por la propia identidad que sólo nace cuando se aquieta la velocidad siempre estruendosa de la vida. Contaminación sonora y contaminación visual por exceso de ruido, palabras e imágenes que se muestran como una niebla espesa entre nosotros y nuestra identidad. Así, cuando la pregunta parece advenir ya ha llegado otra imagen, otro mensaje, otro ruido que la espanta exiliándola de nuevo al lugar de los no nacidos.

Pero, como puede apreciarse en toda tradición espiritual y constatan todos los que reflexionan sobre este tema, el problema no es exclusivo de nuestra civilización urbana. La

¹ F. TORRALBA, *El silencio un reto educativo*, Madrid 1996, 22-23.

ausencia de silencio no es un acontecimiento solamente involuntario provocado desde el exterior, sino que se ha manifestado siempre como voluntad de huida del propio ser, como huida de la propia libertad que se siente débil para enfrentarse al sentido de la actividad humana en la que el hombre se realiza². De aquí que incluso cuando el ciudadano actual busque o anhele la paz silenciosa de campo, cuando la habita termina por colonizarla con los sonidos de la civilización³. No es extraño que los intentos de recuperación del silencio en nuestra cultura terminen como aquellos intentos de recuperación de matrimonios donde los cónyuges están ya alejados interiormente y el roce permanente de unos días de vacaciones sólo pone en evidencia su distancia y la imposibilidad de convivencia.

¿Puede el hombre actual habitar este silencio desde el que accede a su identidad? Por otra parte, ¿puede ser él mismo sin habitarlo? Este es uno de los importantes dilemas a los que debe enfrentarse cada hombre, también en este tiempo que se nos ha entregado para vivir.

Los relatos de exorcismos de Jesús en el evangelio de Marcos poseen, en este contexto, un especial relieve ya que en ellos se identifica a los desposeídos de su identidad con el ámbito de la sordera y de la mudez a la vez que se les presenta entre gritos (Mc 1, 23-26; 5, 1-20). Aparece así el silencio deformado por la falta de audición o por el exceso de presencia de una palabra falaz y excesiva. La sordera parecería no ser sino la ausencia de palabras previas que imposibilita la propia palabra, la mudez se identifica con la presencia masiva de una palabra exterior que no deja espacio a la propia haciéndose con la identidad heterónomamente. Palabra no dada o no recibida y palabra enclaustradora en una exterioridad esclavizante aparecen como lugares de la des-posesión de sí, llegando ésta a producir la agresión contra el propio ser, signo máximo de la anulación personal.

El proceso de sanación se realiza a través de un diálogo personal de Cristo con quien parece no oír o no querer oír. Se da frente a una mirada personal que da espacio a la identificación, es decir con posibilidad de acoger un diálogo. Para eso es necesario un silencio, una expulsión de toda palabra exterior, expulsión que no es sino la suspensión de la identificación absoluta del endemoniado con las relaciones previas. Lo mismo vemos en el relato de Mc 7, 31-37 en el que sin hablar de posesión aparecen los mismos elementos: para dar la palabra a un hombre sordo que habla con dificultad Jesús le arranca de la muchedumbre y le impele a abrir el oído cuando sólo hay silencio. Es entonces cuando se le suelta la atadura de su lengua y habla correctamente, cuando tiene una palabra propia.

El tormento que experimentan los endemoniados en este proceso podría definirse como ruptura instauradora. Provocación radical a advenir al ser en una proceso ruptura con la identidad indefinida previa. Se trata del advenimiento a la libertad y, por tanto, a la soledad; del advenimiento a la conciencia de la identidad propia y, por tanto, al riesgo de la propia vida⁴.

Pues bien estos procesos frustrados de identificación a través de palabras y silencios descontextuados, nos invitan a analizar las formas relacionales donde el hombre adquiere

² “Navegar por la interioridad del yo es un riesgo demasiado atrevido para el hombre débil. El hombre débil prefiere deslizarse por la superficie de su cuerpo y definirse como imagen, como cutis, como fisonomía, pero no como un yo único y solitario”, en TORRALBA, *El silencio*, 39.

³ “En el silencio a menudo nos vemos justamente en el momento en que nos disponemos a huir de nosotros mismos”, en A. GRÜM, *Elogio del silencio*, Sal Terrae 2004, 25. Citando a E. Cardenal dice a continuación: “Al ser humano moderno ya le resulta difícil estar solo (...) pero si alguna vez está consigo mismo, en su pequeña habitación, y a punto de conocer a Dios, enciende la radio o la televisión”. Podemos recordar igualmente el aforismo de R. Tagore: “El hombre se adentra en la multitud para anular el clamor de su propio silencio”.

⁴ Valdría la pena analizar detenidamente estos relatos a partir de las interesantes reflexiones de Denis Vasse en su libro *El sufrimiento. El peso de lo real*, Gedisa 1985 (pp. 129-161), en los que habla del *horror* como forma despreciativa de sí mismo y el *mutismo* como negación a la identidad en relación, como formas patológicas del acceso a la identidad personal analizado a partir del venir al lenguaje.

una imagen de sí en el contacto con el rumor social. Como ya dijimos, nuestra sociedad vive de opiniones rápidas, de palabras dichas al instante, sin reposo, en las que la vida se expresa con dificultad, en la que no se identifica la propia vida quedando esta al margen. Difícil contexto para que la libertad que nos lleve hasta nosotros mismos se abra camino. Parece necesario que el hombre salga fuera de sí, de un interior poblado de una exterioridad esclavizante. Parece necesario un grito que abra el oído a la hondura de la existencia por medio del silencio. De esto es de lo que intentaremos hablar.

2. El sentido del término *silencio* en nuestro trabajo

Aunque el silencio suele entenderse instintivamente sólo en uno de sus significados, a saber, como ausencia de ruido, voz o sonido; nosotros nos moveremos en un segundo significado que se refiere a “callar”, “estar callado”⁵, o “circunstancia de no hablar las personas”⁶. Es decir, para nosotros el término silencio remitirá a un acontecimiento, voluntario o no, de distancia con toda palabra o imagen exteriormente dada. Hablaremos del silencio como un espacio de percepción originaria, transcendental donde el hombre nace a sí mismo y sin el cual no llega a alcanzarse en su identidad propia. Se trata, por tanto de una especie de *contexto amniótico* en el que naceríamos.

Este silencio, sin embargo, no es como intentaremos mostrar, pura vaciedad, aquella distancia imparcial que poseería una subjetividad pura y separada de lo que percibe fuera de ella misma, sino que se parece más bien a una caja de resonancia frente a la palabra que nos ha definido antes de que podamos hacerlo nosotros mismos. El hombre, para llegar a ser sí mismo, tiene que escuchar lo distinto de sí mismo que le habita y le ha definido e, igualmente, ha de distanciarse para decirse a sí mismo en ello. Este espacio de escucha y decisión es lo que llamaremos silencio en este trabajo. Se trata así de un acontecimiento contextual en el que está implicada la voluntad, aun cuando no siempre sea ésta la que provoque el advenimiento de este estado.

Por tanto, el silencio del que hablamos presupone que existe una realidad expresiva, parlante, sonora... previa, distinta y no siempre inmediata nuestra conciencia aunque nos habite. No hablamos de *estar callado* como estado pasivo, sino de *guardar silencio* o, mejor dicho, guardarnos en el silencio para encontrar y dar a luz nuestra identidad. En último término hablaremos de guardar silencio ante Dios, pues es la última y radical presencia a la que somos remitidos. Silencio indomable de una existencia que nos llama a ser y nos da la palabra.

3. Hablar y callar como vínculos de la identidad humana

Comencemos haciendo una reflexión sobre la palabra humana.

El lenguaje, la palabra no es primariamente un instrumento para decir la realidad que alcanzamos en nuestra percepción. Al contrario, es el medio por el que la realidad se nos dice (realidad tal y como ha sido percibida, vivida y configurada por una tradición cultural y por la misma humanidad)⁷ y me dice quién soy. De esta forma, el lenguaje forma mi propia realidad antes incluso de mi decisión. Y, a la vez, la parcializa en tanto que la hace presente y me hace acceder a ella desde un contexto que la expresa sólo en algún sentido, a veces

⁵ Voz “Silencio” en COROMILLAS, J. *Diccionario crítico etimológico del español* (Madrid, 1.976).

⁶ Voz “Silencio” en MOLINER, M. *Diccionario del uso del español* (Madrid, 1.975).

⁷ Puede verse las reflexiones de J. Granier, P. Ricoeur, M Meslin y J.-F. Malherbe en *Iniciación a la práctica de la teología. I Introducción*, Madrid 1984, pp. 25-120.

incluso falso⁸. Siempre, en un primer momento -que no indica aquí sólo precedencia temporal-, nos decimos a nosotros mismos en palabras ajenas, bajo la definición de otros, *somos ellos*, somos su mundo.

Aprender a hablar es aprender a ser en relación, aprender a definirnos con palabras de otros sin reducirnos a ellas. Aprender a realizarnos de forma responsorial, en un diálogo en el que *se nos da la palabra*. Nuestra primera palabra es el comienzo de nuestra figura propia y, a la vez, la manifestación patente de que somos en los otros que *nos han dado esta palabra*.

En esta tensión, la búsqueda de la verdad del propio ser -siempre por hacerse- será un proceso de génesis de la palabra propia en relación a la realidad previa que me ha sido dada y me constituye. Esta lucha natalicia, esta violencia necesaria de arrancarnos de los otros como proceso de desgarrar interior es necesaria. No hay nacimiento sin distancia entre pertenencia e identidad y su ámbito de realización o pasión es tiene como uno de sus ámbitos principales el silencio.

Como hemos dicho, el hombre se realiza en un proceso de auto-identificación y auto-elección en un medio humano concreto. Es desde el cuerpo socio-cultural en el que nace, y frente a él, donde va a realizar su vida en forma de decisión: siendo en y con los otros -y sin que pueda dejar de ser así- ha de situarse frente a ellos con una independencia que acepte la vinculación y descubra y realice la diferencia. Debe desarraigarse en un duro aprendizaje hasta injertarse otra vez ofreciendo una nueva vida, su propia vida.

No aceptar la vinculación interior, previa a la voluntad y no suprimible, provocará un resentimiento hacia los antepasados (padres, generaciones, situaciones...) que no puede quitarse de encima (de dentro) y que engendrará un resentimiento que puede llegar incluso a la destrucción de las propias raíces en una violencia contra todo lo que recuerde el pasado o a la violencia contra el propio yo en el que se inscribe lo no aceptado. Por otra parte, no aceptar la necesidad de diferenciarnos refleja el miedo a la libertad, y nos vincula a un estado en cierto sentido fetal, personal y culturalmente. Pues bien, este proceso de reconocimiento y decisión acontece en el espacio del silencio ya que es a través suyo como "el sujeto busca tras la exterioridad formal su propia identidad"⁹.

Ahora bien, este proceso puede estar abortado por formas de negación de la palabra o de imposición de la palabra. Aparece aquí la posibilidad de una frustración existencial provocada por una *mal-vivencia* del espacio dialógico en el que se constituye la identidad. Frustración que puede derivar incluso hacia estados patológicos de identificación del yo.

4. Dimensiones del silencio como espacio genético de la identidad humana

Pasemos ahora al cuerpo de nuestra reflexión. Nos acercaremos a tres dimensiones que creemos fundamentales del silencio *en esta perspectiva*, reconociendo que existe un mundo más amplio de aproximaciones que descubren aspectos de esta realidad aquí no mencionados¹⁰. Digamos de antemano que no son dimensiones consecutivas, sino

⁸ Esta capacidad de mal-interpretar que nos habita se pone de manifiesto en la mirada de Eva sobre el árbol al contacto con la palabra de la serpiente o en la mirada de Caín sobre su hermano en los relatos bíblicos de origen. Miradas que reflejan la vinculación entre realidad habitada y vida personal en la comprensión de lo real. Toda interpretación estará así situada e interesada quedando por descubrir, incluso para el mismo que la da a luz, su veracidad o maledicencia en la praxis y en la apertura final de la realidad a su verdad última.

⁹ TORRALBA, *El silencio*, 39.

¹⁰ Cf. P. GARCÍA BARRUSO, *El silencio. Análisis y estructura*, Monte Carmelo 2004. Baste como muestra la reivincación tantas veces escuchada de romper los silencios cómplices de violencias ejercidas sobre colectivos o individuos. En este contexto *guardar silencio* sería frustrar la vida. El contexto interpretativo de esta

permanentes a lo largo de la vida y con posibilidad de vivirse en una mayor o menor coincidencia temporal al igual que en distinto orden temporal.

EL SILENCIO-BUSQUEDA

a) Como hemos comentado, antes de poder decir algo los hombres nos recibimos, somos un silencio que se ordena, se va modelando a través de palabras que nos llama a ser. Al inicio estamos callados mientras nos hablan, mientras nos modelan con palabras indominables por nosotros. Nos dicen quiénes somos y qué son las cosas, su significado. Nos dan incluso el nombre y, con él, en algún sentido el ser.

En este acceso al ser, el creyente siente reverberar la forma primigenia de la creación de Dios que, como muestra el relato sacerdotal, profiere una palabra que va suscitando la realidad al ser pronunciada como voz y, por tanto, en forma personal. Es esta relación creadora la que va colocando según un orden que procede de ella misma. Ni la realidad ni su sentido surge de sí misma, sino que está fundada, es dada a sí por una relación en la nombra llamándola a ser.

En este primer silencio involuntario quedamos configurados de tal forma que ya nunca podremos ser nosotros mismos en el origen. Siempre somos en cuanto originados. Venimos al ser desde la propia nada. Somos dados a nosotros mismos. Nos recibimos como obra ajena, como imagen llamada a imaginarse a sí misma en este contexto. En este sentido, somos constitutivamente seres responsoriales y habría que decir que, en la misma medida, somos hechos responsables al entregarnos un ser que debemos hacer nuestro y que sin nuestra asunción libre y personal queda por advenir a sí mismo.

b) Ahora bien, para que adquiera cuerpo¹¹ nuestra vida, es decir, para hacerla propia, este don ha de acogerse. La palabra que nos llama a ser no nos puede crear sin nuestra respuesta. Es necesario pasar de la inconsciencia de ser dado y subsumido en lo dado - identificación con el todo previo-, a la búsqueda de nuestra identidad en lo recibido. Sin esta búsqueda el hombre nunca será mayor de edad. En este momento sólo el silencio activo, el *guardar silencio*, nos podrá sacar del seno materno y de la ley paterna (por decirlo en lenguaje freudiano). Es al guardar silencio cuando aparece la distancia que deja espacio para que nos decidamos. El silencio aparece entonces como interrupción. En el fondo aparece como manifestación primera (previa a la palabra) de la conciencia propia y así de la identidad personal.

c) Este *guardar silencio* inicia una búsqueda en dos direcciones. La primera será la que nos lleve al descubrimiento de nuestro origen, aquel lugar donde podemos arraigarnos voluntariamente porque él mismo es nuestro humus natural y nos ha dado arraigo llamándonos a la existencia en su interior: la familia, la patria, la cultura y, en último termino, Dios mismo. Se trata del encuentro con nuestra filiación real consintiendo a ella. Proceso que necesita un distanciamiento del fluir que todo lo une sin distancias y sin sentido. Es necesaria una ruptura del cordón umbilical (instauradora, dirían algunos) que permite mirar a los ojos a aquel de nos dio el ser, es decir, que permite iniciar un diálogo. Esta búsqueda sólo puede realizarse en el silencio donde se encuentra y reconocerse el

interpretación está configurado por relaciones personales opresivas que roban la palabra, justo lo contrario de ese otro silencio necesario, al que nosotros nos referimos, que es la única forma de tomar la palabra verdaderamente. Quede dicho esto para situar nuestra reflexión.

¹¹ Hablamos de cuerpo como aquel espacio propio mínimo que nos define en nuestra unicidad personal, marcado por su referencia carnal, y que nos impele con su presencia a la identificación personal frente a los otros.

pasado que nos dio a luz y se acoge como don. La dificultad radical en este camino de acceso al ser vendrá de que el silencio puede estar lleno de experiencias que contradigan este don primigenio de ser llamados y queridos. El silencio aparecerá entonces como espacio abismal de sinsentido, donde no se puede hacer pie. Camino que parece conducirnos al tomar conciencia de nuestro desarraigo absoluto. Será necesaria la perseverancia en la búsqueda, la resistencia frente a toda palabra que desde nuestro mismo interior nos incite a la desconfianza (a definirnos originariamente como “hijos no queridos”). La permanencia en este silencio violento, expresada a veces en forma de gritos y quejas, es la manifestación del deseo infinito de ser que nos habita y que espera encontrarse en una mirada reconociente. La mirada del amor¹². Mirada originaria que sale al encuentro pronunciando la palabra fundante: *Tú eres mi hijo amado*¹³.

La otra dirección es la búsqueda del futuro, de mi ser en cuanto destinado a un espacio propio en la realidad. Aquí, el *guardar silencio* se realiza sobre todo como búsqueda entre lo dicho, lo vivido, lo realizado por otros. *Guardar silencio* es acallar las palabras que nos habitan para escuchar otras distintas no escuchadas aún. Salir, atravesar las fronteras de la propia percepción pre-definida. Es en la ruptura de la imagen propia que acontece en todo diálogo verdadero donde el otro no me deja cerrarme en una forma de autismo que interrumpe mi propio advenimiento al ser¹⁴. Advenimiento que no es el acceso a una monada enclaustrada sino a una relación donde pueda recibirme y darme gratuitamente en una vitalidad eterna. Esta percepción del límite de lo que aún soy y la búsqueda de un lugar donde acoger lo diferente provoca siempre una crisis y una génesis de pensamiento y de ser. La tensión entre el yo decidido y el verdadero, entre la asimilación a un orden dado y su superación creativa, entre rechazo y afirmación..., es un juego permanente que me expresa y nunca termina por decirme del todo. El silencio sería, en este proceso, la suspensión de aquella decisión que tiende a identificarme con una imagen inamovible y opresiva. El silencio en cuanto escucha del otro me reenvía al límite que soy, a mi propia apertura a ser, a mi contingencia anhelante de recibir lo que no puedo darme. Un silencio incómodo porque arranca toda esperanza de encontrar en la referencia al propio yo la alegría de ser del todo. Silencio que abre un mundo impropio, indominable y, a la vez, necesario que me acerca al *misterio comunal de lo real*¹⁵.

Dicho de otra manera, el espacio de mi propio ser se realiza en forma de diálogo y éste no puede realizarse sin acallar mi propia palabra mientras el otro habla. Sólo desde el silencio en el que dejo espacio al otro voluntariamente para que me hable puedo decirme yo, no ya sólo como imitador, sino de forma original.

¹² Esta es la razón por la que muchas autoagresiones pueden ser interpretadas como llamadas de socorro, ya que en ellas el silencio interior no resiste sólo esperando esta mirada fundante, y necesita un gesto externo donde apoyar esa confianza radical que busca nacer sin saber cómo.

¹³ No sin razón la experiencia religiosa radical no aparece si no es en la travesía por el desierto o la oscuridad que abre en el hombre un abismo de desfondamiento de su ser en el que no puede hacer pie en nada ni en nadie que domine como origen último de su ser y a la que se debe entregar en confianza radical. Andar por encima del mar, atravesar el desierto de las nadas... es igual la terminología.

¹⁴ La obra de Denis Vasse, ya citada, es aquí altamente significativa, en cuanto refiere el nacimiento del hombre a una palabra que hiere a través de la separación de uno con uno mismo y de uno con los demás, haciendo acontecer en esta herida la propia unicidad.

¹⁵ Dice Mercedes Salisachs en su novela *La voz del árbol*, Plaza y Janés 1998, 240: “A veces en la tierra suele confundirse el legado de las cosas aprendidas y retenidas en el cerebro, con lo que dan en llamar sabiduría (...) Se olvidan de que más allá de lo que se aprende está lo que todavía nadie ha llegado a descubrir. Y este tipo de descubrimiento no se basa tanto en la tenacidad de lo que se estudia, como en la aceptación de los fracasos o en la humildad de las esperas. Aquellas esperas ocultas, jamás comentadas, que obligan a los verdaderos sabios a considerarse minúsculos puntos de luz en un interminable océano de oscuridades”.

Este silencio activo, este *guardar silencio* me distancia igualmente de mi mismo, me desdobra hasta poder mirarme a mí mismo. Me posibilita ver quien soy y hace que pueda definirme más allá de mi exterioridad que nunca define mi ser en todo lo que es y está llamado a ser. La introspección y, como una de sus formas concretas, el diario, ha sido desde siempre una forma silenciosa de alcanzarse a sí mismo¹⁶. Este *guardar silencio* solitario nos permite decirnos más allá de la dispersión y del divertimento, separarnos de la superficie para que no nos anule. Es, como dice Bernanos por boca de su personaje, el lugar donde *el silencio nos guarda*, añadiendo nosotros, siempre que aprendamos a desalojar del silencio físico el miedo que provocan las tensiones y heridas que nos habitan interiormente y nos confiemos a la bendición última que nos funda y nos espera: “Todo es gracia”, dirá finalmente, en manos de la muerte, el mismo personaje venciendo toda desesperación ante lo que parecería un fracaso de vida.

El silencio personal aparece un primer momento de bullicio interior con el que hemos de ajustar cuentas ya que no es sino reflejo del mundo exterior que nos habita y nos separa de nuestra identidad¹⁷. Si bien es verdad que puede ser un ámbito de engaño y justificación, es igualmente cierto que sin este silencio siempre estaremos a merced de lo que somos antes de ser libres, antes de ser verdaderamente¹⁸. Queda aquí presupuesta la necesidad de una compañía en el interior de este silencio que nos libere del engaño y que va desde un amigo con quien dialogar en intimidad o un maestro que nos conduzca por caminos que él ha padecido¹⁹ hasta Cristo mismo y su Espíritu como maestros interiores (según la tradición cristiana).

La escucha, este silencio-búsqueda del que venimos hablando, es el lugar de encuentro con mi realidad por hacer y con la necesidad de disponerme a ser yo mismo. El lugar de la lucha contra todo resorte que tienda a anularme en mi mismidad. Sólo en el silencio se alcanza la libertad, porque sólo en él puede descubrirse al enemigo y reconocérsele en cuanto tal, como queda de manifiesto en el relato de las tentaciones de Jesús (Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13).

Cobra especial importancia ese silencio no sólo ante palabras, como si pudiéramos construir nuestra identidad personal a través del solo espacio intelectual, sino ante vidas ya que en ellas la palabra es cuerpo, rostro, voz. El otro es una palabra para mí no sólo por lo que me dice, sino como espacio de interpretación en el que me introduce con su propia vida, con su forma de vida.

¹⁶ Miguel de Unamuno describe esta experiencia de la siguiente manera: “No hay diálogo más verdadero que el que entablas contigo mismo, y este diálogo sólo puedes entablarlo estando a solas. En la soledad, y sólo en la soledad, puedes conocerte a ti mismo como a prójimo, y mientras no te conozcas a ti mismo como a prójimo” (citado por TORRALBA, *El silencio*, 45). Dos ejemplos significativos, uno real y otro ficticio ponen de manifiesto claramente esta idea, son el *Diario* de A. Frank y el *Diario de un cura rural* de G. Bernanos.

¹⁷ Los monjes del desierto han sido especialmente sensibles a este tema. Puede verse, en esta perspectiva, el pequeño y enjundioso libro de A. Grün ya citado, en especial las páginas 13-54.

¹⁸ Este juego entre engaño y apertura a la verdad (que da el ámbito de la presencia de Dios) lo recoge el protagonista de *Diario de un cura rural* (Barcelona, 1955) p. 9: “Para quien tiene el hábito de la plegaria, la reflexión no es con frecuencia más que una coartada, una manera solapada de confirmarnos en una intención. El razonamiento deja cómodamente en la sombra lo que deseamos mantener oculto. El hombre de mundo que reflexiona, calcula sus posibilidades. Pero, ¿qué representan las oportunidades para nosotros, que hemos aceptado de una vez para siempre la terrible presencia de la divinidad en nuestra pobre vida? A menos de que pierda la fe -¿y que le queda entonces si no puede perderla sin renegar?- un sacerdote no sabrá tener de sus propios intereses la clara visión, tan directa -quisiera decir tan ingenua, tan cándida- de los hijos del siglo. ¿Calcular nuestras oportunidades? ¿Para qué? No se juega contra Dios.”

¹⁹ En este sentido afirma A. Grün: “A aquel que únicamente quiere permanecer en silencio, a aquel que cree que lo puede solucionar todo por sí mismo, no se le considera monje, pues la disposición a mostrar el estado interior propio a un padre anciano pertenece a la esencia de la vida monacal”, en *Elogio*, 27.

La experiencia cristiana, en este sentido, es el descubrimiento de que nuestro verdadero ser se configura en torno a un hombre, Jesús, pues en él descubre la marca originaria de su imagen. Sorprende ver cómo en los evangelios lo que más escuchamos a los discípulos es su silencio. De continuo están en torno a la Palabra *que da vida*. Bastaría acercarse a la escena descrita en Jn 6. La actividad de Jesús ha planteado una pregunta fundamental: ¿desde *qué alimento*, desde *qué vida*, desde *qué palabra* vivir? Todo el discurso del pan de vida afirma que sólo desde Jesús se accede a la escucha de la verdadera revelación (*no como la de vuestros padres*, que no alimenta en plenitud) que abre la posibilidad de la verdadera vida (*el que come de este pan vivirá*). La afirmación final de Pedro (*Sólo tú tienes palabras -eres palabra- de vida eterna*) se sitúa en este mismo contexto: sólo desde la apertura a Jesús y no desde la propia palabra auto-interpretativa y auto-definitoria es como se accede a la vida anhelada por el hombre y que nunca llega a conocerse del todo. Esto es lo que no quieren hacer los judíos que se marchan. Si la vida humana aparece en este silencio como anhelo, como descubrimiento de palabras que, dándonos vida, no terminan de culminarla, la experiencia cristiana nace en el encuentro con esa palabra anhelada donde podemos encontrarnos a nosotros mismos con plenitud: palabra que es alimento, palabra que es la misma filiación del Hijo único que nos une a sí y que se nos ofrece como verdadero alimento de vida.

Aparece así la paradoja vital que nos descubre el misterio cristiano y que consiste en que la verdadera identidad aparece en la entrega a una palabra (Cristo) que no decidimos, sino que ha decidido dársenos. Hemos sido creados en Cristo y sólo en Cristo podemos reconocernos. Ahora bien, esta palabra manifiesta nuestro ser estructural (tantas veces negado por nuestra cultura anti-sustancial/anti-ontológica que define la identidad como acumulación de decisiones sin más) provocándolo a decirse libremente en una unicidad vocacional que es definida por las circunstancias en las que adviene a sí históricamente. Morir a la palabra propia como fundante del propio ser y ofrecer la palabra propia como acontecimiento histórico responsorial de acogida de ese ser dado, he aquí el camino paradójico de la identidad radical.

Esta realidad del silencio activo en torno a Jesús es el discipulado, que no es sino un diálogo confiado, obediente y autodefinidor. El seguimiento de los discípulos, su callarse para reconocerse en su verdades y falsedades previas, en sus seguridades y confianzas dadas, y para decidirse en sus posibilidades supremas, es lo que da a Jesús posibilidad de hacerse palabra creadora para ellos. Así, al silencio primero de los discípulos en los Evangelios corresponde posteriormente una palabra que da vida a través suyo. Configurados por el mismo Espíritu pueden ofrecerse como lugar ante el que hacer silencio para encontrarse con la Palabra revelada²⁰.

Como hemos visto esta primera dimensión del silencio coincide con la búsqueda de un arraigo, que nos precede, pero que hemos de acoger como propio y, de igual forma, con la búsqueda de una vocación que inscriba en el mundo la marca distintiva de nuestra presencia en él. Arraigo y vocación, he aquí dos ámbitos imprescindibles para encontrar sentido en el mundo. Ambos ligados indisolublemente al espacio del silencio. *Guardar silencio* nos permite arraigarnos con sentido en lo dado y, a la vez, desarraigarnos de su omnipresencia modelándola sin renegar compulsivamente de ello u ocultar su presencia, encontrando en el diálogo con lo no dominable, ni siquiera cuando está inscrito en uno mismo, nuestra identidad y vocación propia.

²⁰ Pablo en una afirmación no siempre bien entendida dirá: “sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo” (1 Cor 11, 1)

Podrá entenderse, en esta perspectiva, la beligerancia que pueda nacer de la lógica que rige el mundo interesada siempre en mantener al hombre fuera del silencio, envolviéndolo con una palabra sin distancias, omnipresente. Subsumiéndolo sugestivamente a las respuestas ya dadas y arrancándolo engañosamente de la pregunta que abre un espacio indomitable en el que el hombre debe decirse a sí mismo y así renovar la misma sociedad.

EL SILENCIO-CRISIS

Pasamos a otra de las dimensiones o momentos del silencio. Éste se convierte ahora en involuntario, haciéndonos pasivos y pacientes (al menos en un primer momento). Existen situaciones en las que la realidad nos deja sin palabras, sin sentido (Job 2, 11.13). Algunos han llamado a estas situaciones *experiencias de contraste*, aquellas en las que el hombre siente que la realidad le contradice o se dice violentamente contra él, por encima de sus posibilidades de interpretación y sentido y le obliga a doblegarse frente a ella. Todo esto definido, tenemos arraigo y vocación y una palabra para vivir con sentido, y de pronto llega el drama, la realidad quiebra nuestro ser.

Se trata del problema de la contingencia y, en grado sumo, del mal. Situaciones padecidas de mil formas distintas que vuelven a llevarnos al silencio del no ser con sentido y tener que reconstruirnos, eso sí, ahora humillados pues nos habíamos creído señores de la realidad. “El sufrimiento nos desaloja de esta posición que es la de la omnipotencia imaginaria”²¹. Esta nueva presencia del silencio nos reta a retomar nuestro proceso de auto-identificación frente a la realidad real, no imaginaria²². Se trata de nacer personalmente en nuestra carne humana, histórica, mortal²³. El sufrimiento inscribe en la conciencia del sujeto la muerte como elemento inesquivable y, por tanto, la pregunta por la misma vida en su sentido. El sufrimiento aparece así como lugar fundamental donde el hombre puede apropiarse radicalmente la vida real, es decir, su vida *mortal*.

Pero no siempre se percibe que esto sea posible. ¿Se puede decir, en esta situación, la realidad con sentido? ¿Podemos decir y ser nosotros algo más que apariencia fugaz y vana en esta realidad? La pregunta se radicaliza ante el sufrimiento inocente: ¿es posible dar un sentido a la realidad en su globalidad sin caer en el desprecio por tal sufrimiento?²⁴. Esta es la pregunta que, a lo largo de la historia, miles de hombres y mujeres se han hecho y siguen haciéndose, y que han reflejado filósofos y teólogos, especialmente judíos, con especial intensidad en este último siglo²⁵.

²¹ VASSE, *El peso*, 32.

²² “El principio hermenéutico para descubrir la realidad no es lo obvio, sino el escándalo de la resistencia de la realidad”, en E. SCHILLEBEECKX, *Experiencia y fe, en Fe cristiana y sociedad moderna*, Madrid 1990, 110.

²³ “Las experiencias humanas más profundas, las que orientan la vida y sirven de soporte, son también *experiencias de conversión*, experiencias que crucifican, que fuerzan a la *metanoia*, a cambiar el sentido, el obrar y el ser”, *Idem.*, 110

²⁴ “Como lo vio Dostoievsky, todas las teorías del mundo se desmoronan ante la miseria de un solo sufriente. En Los Hermanos Karamazov, el escéptico Iván le arroja este desafío a su hermano Aloysha, un alma tierna que se ha convertido en un monje novicio: “Imagínate que estás construyendo el edificio del destino humano con el objeto de hacer feliz a la gente en la etapa final de su vida, de darles paz y descanso al final, pero para ello debes inevitable e ineludiblemente torturar tan sólo a una pequeña criatura, -levantar [el universo] sobre el fundamento de sus lágrimas no correspondidas-; ¿estarías de acuerdo en ser el arquitecto sobre tales condiciones? Dime la verdad”. Después de una larga pausa, Aloysha dijo finalmente: “No, no estaría de acuerdo”. Y tampoco nosotros lo estaríamos. Ninguna explicación hace que el sufrimiento sea inteligible”, en R. RICE, *¿Qué sentido tiene el sufrimiento?*, en http://dialogue.adventist.org/articles/12_2_rice_s.htm.

²⁵ J. A. FERNÁNDEZ LÓPEZ, *Pensar desde el silencio. Representación y discurso después de Auschwitz*, en <http://serval.pntic.mec.es/AParteRei/>. Puede verse también: J. B. METZ – E. WIESEL, *Esperar a pesar de todo*, Madrid 1996, donde Wiesel reflexiona sobre cómo la experiencia de Auschwitz es “la interrupción del lenguaje” (p. 82).

Con el golpe del mal la realidad parece desdecirse de la acogida que inicialmente percibimos. Nuestro nombre habría sido pronunciado -tal y como lo experimenta el doliente- en el espacio de una sentencia a muerte y es, mientras ésta se lleva a cumplimiento cuando aparecería como real. En principio las primeras palabras que oímos son las de acogida: tenemos un nombre, somos alguien para el otro y ocupamos un puesto en lo otro. El límite de nuestra propia vida, la no coincidencia con nosotros mismos, marca propia de lo humano, nos define como seres mortales. Este límite, vivido de forma dramática con la aparición del dolor, nos pertenece y nos hace ver que para ser con sentido en lo que realmente somos hemos de redefinirnos frente a lo que había permanecido escondido en un primer momento: la muerte, incluso la muerte absurda e injusta que impone tantas veces este mundo bajo el poder del pecado. Somos seres mortales con la pregunta por el sentido suspendida en nuestra decisión de esperanza o desesperación. Es esta experiencia la que podría verse en el relato del encuentro de Eva con el árbol del bien y del mal.

La pregunta que nos dirige el sufrimiento, desde el silencio al que nos entrega, es si aún podemos decirnos con sentido en esta finitud marcada violentamente por un exceso de dolor que se refleja en la brutalidad de la violencia y en el desprecio a que puede llegar un ser humano contra otro y la banalización con que esto puede vivirse. La pregunta nace en medio de toda la violencia del mal cuando el sufrimiento parece expulsarnos del mundo. Quizá la expulsión del paraíso pueda interpretarse como una bendición dolorosa, ya que sitúa a la humanidad donde ella no quiere acceder siendo, sin embargo, su lugar propio. Esto cambiaría la comprensión de tal relato. Su percepción como castigo vendría dada por la mentira de quien no quiere nacer deseando permanecer en el limbo de una divinidad irreal y toma conciencia de sus límites malinterpretándolos como castigo. La misma experiencia del silencio de Dios como castigo, cuando se espera de Él una actuación que libre del mal y de la angustia (Job 30, 20; Sal 83, 2; 109, 1), puede que no sea sino un pasaje necesario para descubrir una acción de Dios más divina y una vida del hombre auténticamente humana. Una vida que se encuentre definitivamente con veracidad en el límite de la inanidad humana que es llamada al ser, también cuando se vuelve contra ella misma, y a la participación en el meta-ser de Dios en el marco de la historia²⁶. Este acontecimiento es descrito en la comprensión de la cruz como entrega. La aniquilación de la humanidad de Cristo no coincide con el sinsentido, al ser acogida por una voluntad de esperanza que se manifiesta en la entrega a Dios descrita en Getsemaní.

La acusación de haber sido privados por otros o por Dios de este estado irreal de omnipotencia e infinitud, y como consecuencia el escepticismo o cinismo nihilista ante lo real, incluso en situaciones límite el suicidio, son formas frustradas de decirnos en este silencio. Formas falsas porque no nos dan a luz en la carne mortal que somos, sino que nos entregan a la oscuridad de un mundo de no nacidos, de abortos. En vez de darnos a luz nos arrojan a las tinieblas. Pensadores como S. Kierkegaard, F. Rosenzweig, E. Levinas, E. Wissel, V. Frankl,... han buscado responder con sus escritos y con su vida y han intentado ayudar a los hombres a salir de este silencio denso y oscuro buscando formas en las que reencontrar su humanidad en medio del límite y el dolor, rechazando como fatuo e

²⁶ “Vivimos y morimos. El lugar de esta lucha es nuestro cuerpo donde una voz busca hacerse oír, en el silencio de una escucha abierta a lo que habla en el corazón de esa total contradicción”, en VASSE, *Idem.*, 42. Un habla que es descrita en la tradición espiritual como la presencia de Dios interior a nosotros más que nuestro propio yo, y que requiere para hacerse presente una entrega que nos libere de las ataduras al propio yo. En este sentido afirma Grün: “Liberarse es siempre liberarse de las ilusiones que me he formado acerca de mí mismo y de mi vida. Debo deshacerme de la ilusión de que siempre fui dueño de mí mismo, de que podría controlarlo todo (...) Liberarse equivale a abrirse a Dios. Para que Dios pueda hacer algo conmigo antes tengo que liberarme. Tengo que dejar de aferrarme a mí mismo, tengo que abrir las manos, abandonar mi autoafirmación, renunciar a mí mismo, para que Dios pueda entrar y actuar”, en *Elogio*, 65 y 69.

inhumano cualquier sistema totalitario que integre indoloramente esta realidad²⁷. Ellos nos recuerdan que sólo se llega a ser humano si se acoge este doloroso silencio que nos desborda, que resquebraja nuestro orden totalitario, nuestro querer ser dueños absolutos de la realidad y de su interpretación. Es en este silencio agónico donde podemos reconocernos realmente como hombres y decidirnos a serlo con sentido. La palabra que surge de este silencio es siempre discreta pues ha aprendido la humildad de la criatura. Una discreción que para ser acogida debe ver el escándalo, espantarse y sufrirlo para luego poder integrarlo²⁸.

La perspectiva cristiana sabe que es después de este paso cuando el hombre se encuentra con su ser verdadero. No sin razón se nos invita a contemplar la presencia silenciosa de Cristo herido, en medio de los gritos in-humanos, como el verdadero hombre. *Ecce homo*.

La cruz y el sufrimiento del mundo en ella manifestado se convierten así en crítica de todo lenguaje ideológico que quiera referir la realidad a un proyecto o ideología sin fisuras ante el cual se pueda sacrificar cualquier vida sin la conciencia del dolor injusto y escandaloso que esto supone. El dolor como espacio silencioso donde el hombre se recibe al confiarse o se pierde al desesperar²⁹ aparece en toda su densidad frente a aquel límite donde ya no hay decisión sino sólo espera: la muerte. El sepulcro de Cristo invita a esperar en medio de la desesperación. Hay que visitarlo para ser bendecidos con la esperanza. Sin él, sin la muerte mirada cara a cara, la esperanza no es verdaderamente dada a luz aún, pues la vida no ha tocado aquella contradicción que la constituye y la pone entre crisis³⁰.

En el cristianismo este silencio-crisis toma la forma de Cristo crucificado y sepultado. En él se nos ofrece la forma humana desde la que resistir contra todo mal y vivir con esperanza y humildad. La contemplación silenciosa de la cruz y la escucha del camino de Cristo hasta la muerte (*via-crucis*), han sido en la tradición espiritual cristiana una fuente de esperanza para vivir de forma realista y con sentido. Este silencio que puede llegar a destrozarse al hombre, se ha convertido, a través de la vida entregada de Cristo en la cruz, en acontecimiento de revelación donde se manifiesta el amor como el único camino para mantener la esperanza.

Y mientras el hombre atraviesa su personal paso por el desierto, mientras sólo podemos recoger en un odre las lágrimas del camino (Sal 126, 6a), mientras el pasado ya no le acoge y el futuro se vuelve incierto, ¿cuál será su alimento? El pueblo de Israel en medio del desierto (Ex 16) y Elías en el intermedio trágico de su vida camino del monte Horeb (1Re

²⁷ F. Rosenzweig comienza así *La estrella de la redención* (Sígueme, 1998) p. 43-44: “De la muerte, por el miedo a la muerte, empieza el conocimiento del todo... Todo lo mortal vive en la angustia de la muerte... pero la filosofía niega las angustias de la tierra... deja que el cuerpo quede a merced del abismo, pero la libre alma sale revoloteando.... Es preciso que una vez en su vida el hombre salga. Debe un día tomar en su mano, lleno de recogimiento, la preciosa redoma. Ha de haberse sentido una vez en su temible pobreza, soledad y desapego del mundo entero, y ha de haber sostenido toda una noche la mirada de la nada... Mas la tierra lo reclama de nuevo. No debe apurar en esa noche el oscuro zumo. Le está destinada otra salida del paso estrecho de la nada, que no es precisamente en las fuentes del abismo... No basta la respuesta de la filosofía que se ríe de este miedo olvidándose del cuerpo. El hombre no debe arrojar de sí la angustia de lo terrenal: en el miedo a la muerte debe permanecer”.

²⁸ Es significativa la centralidad de este concepto en la obra *La ejercitación del cristianismo* de S. Kierkegaard, en la que el autor se esfuerza en presentar la verdad del cristianismo frente a la deformación por reducción a la lógica del mundo del cristianismo oficial de su época. Podríamos leer, en esta perspectiva la enseñanza de Jesús a los discípulos en la subida a Jerusalén en la que les invita a integrar este elemento sin el cual la misma salvación no acontece.

²⁹ No hay que olvidar que la confianza se expresa no sólo en la entrega confiada ante Dios cuando no puedo hacer nada, sino que en la mayoría de los casos se realiza en una decisión práctica de compromiso por mitigar ese dolor.

³⁰ A la vez hay que decir que nadie puede resistir en la esperanza sin la gracia y, por tanto, nadie puede juzgar la desesperación sino sólo Dios.

19, 1-8) son figuras de una humanidad que necesita un alimento nuevo que el hombre no puede darse a sí mismo. En torno a ellos ya no hay más voces que las de su misma desesperación, voces interiores que pueblan su silencio, que acusan y maldicen la vida, y que pueden convertirse en tierra de *sheol*, aquella tierra donde habitan los hombres sin vida que permanecen despiertos en su propia inanidad desesperada, sin arraigo y sin futuro (Job 2, 9). No hay término medio: o la desesperación que aborta la vida (y que puede vivirse no sólo como depresión abismal sino también como euforia de divertimentos en medio de la absoluta banalización de todo) o una esperanza nueva que la da a luz.

El reconocimiento de haberme recibido (primer silencio) y de ser continuamente interpelado por la realidad que me invita, casi obliga, a definirme (a buscar y vivirme) en una plenitud todavía no expresada, a la vez que la fuerza de la muerte que me arrastra hasta las puertas de la desesperación y el sin-sentido (silencio segundo), me obligan a fiarme de la realidad y entregarme a su misterio de vida o a maldecirla como espacio de angustia y a desafiarla sin ninguna esperanza. La experiencia del pueblo de Israel en Masá y Meribá (Ex 17, 1-7), experiencia que prueba radicalmente su fe y donde queda en interrogante la pregunta radical ¿está o no está Dios con nosotros?, es absolutamente reveladora en este sentido.

Pasemos por tanto a una tercera dimensión del silencio que nos invita a redescubrirnos con posibilidad de sentido.

EL SILENCIO-ADORACION

Se trata, en esta tercera dimensión en la que ahora nos adentramos, del silencio como marco del asombro y la adoración, aquel espacio lleno de un misterio que nos desborda y que nos llama a sobrepasarnos aunque no tengamos palabras para describir lo que nos arrastra a confiar. Misterio de lo real que nunca coincide con nosotros mismos y que nos envuelve llamándonos a habitarlo, y a dejarnos habitar por él. Veamos:

a) La primera forma de este silencio es la del *asombro* o el *silencio estético*. Hay acontecimientos que producen en nosotros el encuentro con una manifestación de la realidad que se deja sentir en una forma intensa e inexpressable como grande, bella, esplendorosa, sublime..., impacto igual de intenso que fugaz e inasible. La naturaleza y la obra de arte son, en este punto, lugares privilegiados del silencio. En ellos la realidad se entrega en una forma nueva, reveladora de sentidos, que desbordando las formas simbólico-conceptuales de recogerla previamente, sin embargo, la reconocen como propia. En ese no poder expresar plenamente lo que ella es, a la vez que en el reconocimiento de que me habla a mí, de mí y en mí sin que pueda disponer de ella ni ser su dueño, es donde hago experiencia de lo nuevo y donde me puedo experimentar de nuevo renovando mi ser. Allí podemos aprehendernos en espacios más amplios que aquellos que dominamos o de aquellos que nos dominan anulándonos. Una noche estrellada, un mar embravecido, una selva tupida, un desierto solitario...³¹ o los cuadros de Bacon o Munch, de Chagall o Picasso, de Fray Angélico o Rubleck nos invitan a entrar en ámbitos nuevos de la realidad donde renovarnos³², pues en ellos parece manifestarse una presencia irreductible a lo dominable por el hombre que aparece como fundante de la realidad. El mismo arte puede entonces llegar a convertirse así

³¹ El asombro puede elevarse hasta reconocer una palabra que nos adviene en este asombro: “Cuando contemplo el cielo... (Sal 8), “El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra. Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje” (Sal 19, 2-5).

³² Un ejemplo sencillo de esta realidad es el libro, convertido en best-seller, de H. Nouwen, *El regreso del hijo pródigo* (Madrid, 1996). En él describe la experiencia de encuentro a través del cuadro del mismo nombre de Rembrandt que le abre a sí mismo, a los demás y a la divinidad, de una forma nueva.

en un reto a la realidad, en una provocación a que ésta se diga en lo que parecería ser su destino. Por el camino de la sublimación o por la plasmación del horror que deja constancia de lo irreductible del sentido a la propia historia³³.

b) La adoración da un paso más. Es el silencio por excelencia donde accedemos al misterio del sentido profundo de la vida que no podemos construir si no es como respuesta a un don previo y permanente en el que habitamos y del que nos recibimos (Hch 17, 24-28). En la adoración nos elegimos en cuanto recibidos y sostenidos por una llamada fundante y gratuita más allá de lo concebible. La adoración no dice, no pregunta, no acusa, no pide señales, sólo reconoce³⁴. En este silencio de la adoración nos vaciamos de nosotros mismo y del mundo, es decir, nos reconocemos fundados, reconocemos que no somos sin la realidad gratuita y fundante que nos llama y nos bendice. Ahora bien, este silencio, configurado como oración, procede de la escucha interior de aquella palabra que nos llama hijos, aceptada incluso en el camino de la agonía³⁵. En la experiencia cristiana, es a través de la configuración con Cristo como el cristiano se inscribe en la verdad de su ser, en aquel ámbito misterioso en el que fue llamado a la existencia por amor. Ser hijos en el Hijo, acceder a la experiencia de nuestro origen último en el movimiento eterno de amor del Padre hacia el Hijo donde es engendrado y donde somos inscritos para siempre (*creados en Cristo*) con una promesa de vida que está unida al amor perpetuo con que subsisten unidos.

El silencio, el guardar silencio atento, ante esta realidad que llamamos Dios y que no es nada que podamos dominar y ante la que la contemplación gratuita es la última palabra, este es el pan cotidiano que nos sostiene. Un pan que necesita ser recogido a diario, un pan que apenas es como la escarcha que se recibe en la primera mirada al día antes de toda actividad pues sino se pierde entre los afanes que nos agotan, un pan que no tiene nombre pues no es de dominio humano (*¿manhu?*, ¿qué es esto?, Ex 16, 15ss). Silencio ante el don gratuito sin que sea necesaria una posterior eficacia, pues nada más se nos puede dar que la vida dada ya y la promesa de que esta vida está inscrita en el misterio mismo de Dios, aunque para ser dada a luz necesita pasar por dolores de parto de la historia.

Es este silencio último donde la experiencia religiosa pierde poder para mantenerse en pie y debe confiarse y caminar sobre las aguas respondiendo a la orden de vivir de Dios mismo, pues su orden lleva la promesa de su misma presencia fundante (Mt 14, 22-32). En este silencio la noche se hace clara como el día incluso en medio de los velos de la carne y de la historia. Silencio en el que sólo los sencillos de corazón hacen pie (Mt 11, 25-27). Silencio donde se entabla el verdadero combate en la hora de las tinieblas que habitan el corazón y que sólo pueden ser vencidas con la fe convertida en adoración (Mt 4, 8, 10). Silencio denso y oscuro como la muerte (Mc 15, 33-34) y anhelante y confiado como el de

³³ En este sentido, por ejemplo, se puede interpretar la obra *El grito* de Munch, como permanente protesta y apelación a que la realidad no se cierre oscura sobre el hombre, incluso si ya pasó. De la misma manera los rostros deformados e indefinidos de Bacon que piden permanentemente al que los contempla que *no vuelva el rostro* frente a aquellos que no pudieron darlo a luz al haber quedando éstos ultrajados por la historia concreta que vivieron. Es, entonces, en esta imagen donde aparece renovado el grito del hombre que ve perderse su rostro entre las violencias sufridas o ejercidas buscando una mirada y un oído atento que sobrepase la realidad vivida renovándola.

³⁴ “Quizá el pecado no se deba más que a la suspensión de la oración, entendida sobre todo como alabanza, no súplica, no petición de favor o de socorro. Un poco de mendicidad orante ha sobrevivido, la alabanza, gran liberadora, ha muerto... a la cesación de la alabanza corresponde la verdadera muerte de Dios. La alabanza era el conocimiento de Dios menos oscuro que nuestra opacidad pudiera presagiar; era el primer gran paso para superar la miseria de esta condición insostenible: estoy estupefacto por el horror del mundo y, sin embargo, alabo el ser del mundo porque es de Dios” SALMANN, *La palabra partida* (Madrid, 1999) p.81 citando a Ceronetti.

³⁵ Puede verse así el episodio de la transfiguración tal y como es situado por el evangelista San Marcos 9, 2-8.

las vírgenes que, aunque no resistan el peso de la noche, han preparado sus alcuizas para recibir a su Señor cuando este las despierte (Mt 25, 1-13; Jn 20, 1. 11-16).

Aunque ya quedo dicho en el comienzo de la aproximación a estas tres dimensiones del silencio no estará de más volver a recordar que estas dimensiones no se realizan en un orden preciso, sino que se intercomunican redefiniéndose mutuamente. Es en este contexto donde nace la palabra original de cada hombre y donde su libertad se hace real ya que está arraigada en la integración de los dones previos y de los límites reales y en ellos puede ser vivida en todas sus posibilidades.

5. La palabra que permanece naciendo del silencio.

Hemos visto como toda palabra propia y, por tanto, toda identidad tiene su seno nutriente en el silencio, e igualmente como éste ha de ser para ella un ámbito permanentemente de vida. Sólo así el hombre no caerá presa del dominio perverso del miedo a ser por sí mismo o del resentimiento proveniente de tener que ser desde los otros, del miedo a no ser del todo y del orgullo que le fuerza a tener que serlo todo.

Atravesando este silencio natalicio y decidiéndome en él, nuestra palabra(/identidad) ya no será sólo palabra de otros (eterna repetición de lo mismo), ni tampoco una palabra de espaldas al mundo por vía de iluminación que no tiene en cuenta el dolor, la injusticia y la muerte (superación gnóstica del cuerpo y de la comunidad humana), sino que se convertirá en una palabra nueva, absoluta en su finitud. Entonces aparecerá el silencio como hogar donde se revela la unicidad de cada uno en el espacio de la vinculación que nos constituye estructuralmente.

El dogma cristológico revela el fundamento último de esta realidad que pertenece al misterio eterno de nuestra creación *en Cristo*: Somos creados en aquel espacio donde el Hijo mismo se recibe entero de Dios Padre antes de todos los siglos (en el interior de la *filiación divina*). Espacio que se expresa históricamente en la recepción por parte del Hijo de un cuerpo al que da identidad a través de una vocación propia. Cuerpo igualmente acogido de lo humano y lo judío a los que nos lo devuelve renovado (en este caso radicalmente) como cuerpo de todos y para todos. El misterio de su persona en el que, según la fe cristiana, se resuelve el misterio de lo humano (GS. 22), nos remite hasta el espacio originario (fontal) de nuestro ser sin desvincularnos de la mediación histórica y culturalmente concreta donde éste se ha realizado. De esta forma, nos remite al ámbito de la donación como elemento que nos constituye y en el que, a la vez, nos constituimos al mostrarse el don como una llamada al diálogo creativo, a la responsabilidad de dar la palabra y con ella la vida a otros desde la riqueza que hemos recibido y vamos acrecentado en nuestra historia concreta.

En este silencio se representa la apertura al abismo luminoso de las relaciones trinitarias que nos habitan o en las que habitamos y esperan decirse del todo en esa exterioridad que somos nosotros y que han asumida como suya. El silencio queda así suspendido a la espera de una palabra última irreductible a la historia (a nuestro propio dominio) que reanime el ser que tan fácilmente se desalienta por no poder fundarse sobre sí mismo, por tener que ser mortal³⁶. Palabra que culmine la historia fuera de ella al igual que la empezó fuera de ella en un silencio absoluto de palabra creatural. Es en el silencio donde nos comprendemos y comprendemos. Por eso es el silencio el que nos guarda pues puede

³⁶ No es ilógico pensar que esta des-aliento no sea uno de los componentes del pecado original que hace volver al hombre a su propia nada, que introduce al hombre en el espacio de su propia muerte sin esperanza.

llevarnos a la última razón por la que somos, nos movemos y existimos: el amor de Dios revelado en su Hijo para la vida del hombre³⁷.

No el mucho hablar es signo de más conocimiento, de más hondura, de más relacionalidad, de más sabiduría³⁸. Es más este silencio del que venimos hablando hace humilde la palabra, crea en ella una discreción en sus pronunciamientos que permite habitar a su lado las otras palabras. Es, en definitiva, el espacio de la mansedumbre, la posibilidad de la comunión misma. La carta de Santiago nos invita a comprender que es esta palabra discreta, nacida de la verdad misteriosa que nos habita, la que posee el valor de expresarnos. En 1, 18-20 invita a la escucha diligente y la parquedad en el hablar. Unas cualidades que une a la mansedumbre, quizá porque en ella se refleja la superación del grito de quien no ha aprendido a hablar porque reniega de su pasado y sólo acusa frente a él o reniega de su libertad y sólo critica lo que le provoca a nacer porque es nuevo frente a él y le obliga a hacerse nuevo en la fatiga de esta libertad. Miedo a ser en relación y violencia de no saber ser en la palabra, he aquí los demonios que nos roban la identidad. Frente a ellos, Santiago une el silencio y el rechazo de la violencia a la escucha diligente de *lo que Dios quiere*³⁹. Es en este silencio en el que descubrimos, según Santiago, que hemos sido engendrados por la palabra de la verdad (Cristo-Hijo) y que este acontecimiento, misterio de fe, nos convierte en primicias de la creación (v. 18), pues manifiesta el origen y la vocación de toda ella.

Si volvemos ahora a adentrarnos en nuestra bulliciosa sociedad llena de ruidos y palabras, llena de miedo a escuchar la pregunta por el sentido de la vida, podemos afirmar que quien nace en este espacio del silencio queda libre de la lucha por ser original frente a su pasado sin poder dejar de ser una repetición clónica de los parámetros culturales. Queda libre para hablar y callar, para dar la razón y contradecir abiertamente sin tener que gritar pues sabe que su palabra es pequeña en un mundo lleno de misterios. Sabe además que en ocasiones la verdad sólo se expone realmente en el momento de guardar silencio frente al otro a quien se da la palabra gratuitamente arriesgándose a la propia expulsión. Sabe igualmente, y éste es el origen del coraje para ser si mismo, que ninguna voz será acallada para siempre pues está definida en radicalidad por el diálogo con el Dios vivo que le dio la palabra y no por las solas palabras humanas. Queda libre para escuchar por debajo de todo el ruido y toda palabra, la Palabra viva que en ellas nos llama, nos anima y da sentido a todo lo que hacemos, pues es su pasado, su aliento y su futuro.

³⁷ Bruno Forte ha desarrollado ampliamente y con profundidad el tema de la revelación y del misterio trinitario a través de los símbolos Palabra y Silencio. En su artículo "Crear y pensar la Trinidad. A partir de la estructura trinitaria de la "re-velatio" en *Estudios Trinitarios* 30 (1996) 53-76 dice: "Precisamente porque está inscrita en el Silencio la Palabra es mediación y remite a las profundidades silenciosas, que constituyen el origen de su venida, en el tiempo y en la eternidad. He aquí por qué sólo el que escucha el Silencio del que proviene y al que descubre, acoge en verdad la Palabra hecha carne" p.62. En esta lógica que vamos siguiendo, ni siquiera esta Palabra es lugar de reposo, de llegada, como decíamos. "La acogida de la Palabra es dinamismo, que debe trascenderse continuamente: si la acogida de la Palabra es escucha del silencio, de quien la palabra procede, en quien reposa y a quien remite, la insondable profundidad de este divino Silencio motiva la inexhaustible búsqueda que, a través de la palabra, tiende a ir más allá del Verbo" p.63.

³⁸ Más aún demasiadas palabras en nuestra boca suelen manifestar una forma de autismo interior de quien se ha desarraigado de los demás y ya no les escucha (cf. F. TORRALBA, *Explorar el sentido de la realidad*, Barcelona 2000, p. 113), aunque sólo sea su espejo.

³⁹ Recordemos aquí lo dicho en torno a las posesiones en Marcos relacionadas con un diálogo humano no dado a luz con verdad.

Apunte último.

Nuestra exposición ha tratado de exponer cómo el hombre sólo puede llegar a poseerse y definir su vida desde el silencio (asombro, búsqueda dolor, adoración). Pero falta el otro polo dialéctico en el que el hombre se constituye: la decisión, la acción⁴⁰. Una dimensión que ha sido sólo apuntada a lo largo de nuestra reflexión. Sin ella, el silencio no se humaniza porque se convertiría en un espacio mortal al desradicar al hombre de su carne, de su historia, de su humanidad compartida. El hombre toma la palabra al decidirse y actuar. Como puede percibirse en la revelación, el misterio de vida se transmite en forma de acontecimientos vividos donde el hombre se ha abierto (silencio) y se ha elegido en ellos (acción). Quede apuntado esto último para evitar la impresión de que el hombre es puro pensamiento. Es la dramática libertad ejercida frente a la realidad que le precede, adviene e interpela, y que solo es acogida propiamente en el silencio, lo que da nombre a nuestra humanidad.

Que el silencio nos guarde.

Publicado en *Asidonense* 2 (2007) 337-359.

⁴⁰ “Existir es actuar... *La acción es la tensión dinámica que lleva al hombre, tal como es de hecho, hacia lo que quiere ser.* La acción es la existencia en cuanto proyecto. Quiere decir que la acción es la relación del hombre a la realidad. Por la presencia del hombre en el mundo, la acción es verdaderamente cosmogónica, organiza el mundo de una existencia, pone las cosas ‘en su lugar’ en la perspectiva de una existencia” en MALHERBE, J-F. “El conocimiento de fe” en *Iniciación a la práctica*, pp. 94-95.